

# JAVIER SIERRA

## EL QUINTO MUNDO

RELATO

—Se ha metido usted en un buen lío, señorita.

Los ojos azules de Tess Mitchell relampaguearon cuando el jefe de policía de Tucson entró en la sala de interrogatorios donde la habían confinado. Había visto muchas veces su cara en las noticias de la tele.

—Mi nombre es Lincoln Lewis y soy el responsable de esta comisaría —dijo con rictus germánico y ademanes profesionales—. Sé que ha hablado ya con otros agentes, pero sería de gran ayuda si me aclarara un par de puntos de su declaración.

—Claro.

—Por ejemplo, necesito que me cuente qué fue a hacer exactamente al despacho del profesor Jack Bennewitz hoy a las cuatro de la tarde.

—¿Se refiere a la hora en la que descubrí... el cadáver?

El policía asintió. Tess tragó saliva:

—A decir verdad, llevábamos un tiempo trabajando juntos en un proyecto relacionado con su especialidad. Yo le hacía el trabajo de campo y esta mañana conseguí algunos datos que creí que le interesarían. Datos observacionales. Técnicos.

—Entiendo. ¿Y qué enseñaba el profesor Bennewitz?

—Teoría del Sistema Solar, señor.

—¿Tenía cita con él?

Tess no pudo disimular cierto rubor y bajó la vista a la mesa de madera y acero.

—En realidad, no la necesitaba —dijo—. Tenía su permiso para visitarle cuando lo considerara oportuno, y como sabía que a esa hora siempre estaba en su despacho ocupado en sus tutorías con alumnos, decidí acercarme. Eso fue todo.

—¿Y qué se encontró al llegar, señorita Mitchell?

—Como les he dicho a sus compañeros, lo primero que me llamó la atención fue el silencio del Módulo B. Jack siempre hablaba a voces; cuando gritaba, y lo hacía con frecuencia, casi se le podía escuchar desde el otro lado del campus. Era un tipo muy vehemente, ¿sabe? Pero, la verdad, también me sorprendió el extraño olor que impregnaba la salita de espera y parte del pasillo. Era una fragancia ácida, fuerte, muy desagradable —Tess torció el gesto antes de proseguir—, así que entré sin llamar.

—¿Y qué vio?

Tess Mitchell cerró los ojos, tratando de recordar la escena. La imagen de su amigo Jack Bennewitz recostado en su gran butaca de cuero, con una absurda mueca en el rostro y la mirada perdida en algún punto entre el techo de escayola y la estantería con sus trofeos de ajedrecista, volvió por un instante a su retina. Pese a que tenía la chaqueta abotonada, la mancha de color chocolate que empapaba su camisa de algodón era imposible de disimular. No distinguió señales de lucha. Libros y papeles estaban meticulosamente ordenados, y hasta el café que debió de servirse poco antes de quedarse en aquel estado se encontraba intacto sobre el escritorio. Frío, pero intacto.

—¿Tocó usted el cuerpo del profesor Bennewitz? ¿Trató de reanimarlo? —insistió el oficial Lewis.

—¡Santo Dios! —exclamó la joven—. Claro que no. Jack estaba muerto, ¡muerto! ¿Lo entiende?

—¿Y no vio nada fuera de lugar? ¿Algo que echara en falta de aquella oficina?

Tess Mitchell meditó aquellas cuestiones un par de segundos antes de negar con la cabeza. No creía que la caja de madera con aquella mariposa de grandes alas amarillas que recogió a los pies de Jack tuviera el más mínimo interés para la investigación. Se la había echado al bolso casi por instinto; ignoraba que una eminencia de la física teórica como él tuviera como hobby coleccionar insectos, y en cualquier caso, ella sí era una amante de esa clase de bichos.

—¿Sabe, señorita? —murmuró el jefe Lewis, en tono de confianza—. La muerte de Jack Bennewitz es una de las más raras que he visto jamás. Y

dado que fue usted quien nos llamó alertándonos del caso, debo pedirle que se quede en comisaría un tiempo más. Es nuestra único testigo.

—¿Es necesario?

—Lo es, señorita Mitchell. Por si no lo sabe, la mayoría de los crímenes se resuelven con la información que podamos recoger en las próximas horas.

Las afueras del Museo de América en Madrid no eran lo que se dice un lugar recomendable para recorrerlo tan cerca de la medianoche. Francisco Ruiz echó un vistazo al pasillo oscuro que se extendía bajo el faro de Moncloa, comprobó que eran más de las once y apretó el paso convencido de que debía vencer ese tramo cuanto antes. Ni siquiera el eco sordo de los villancicos o las lejanas luces navideñas que adornaban la entrada a la ciudad lograban conjurar aquella impresión de soledad. Las temperaturas se habían desplomado, así que, como por instinto, echó el cierre a su abrigo y apretó el paso con resolución.

—¿Adónde va tan deprisa, profesor?

Ruiz reconoció la voz al instante. De las decenas de lugares en los que podían sorprenderle en la ciudad, ése era el más inhóspito de todos. Su interlocutor tenía el mismo acento centroamericano que el individuo que llevaba dos semanas amenazándole al teléfono de su residencia.

—¡Usted...! —susurró inquieto. Pese a su imagen altanera, Ruiz era un cobarde—. ¿Va a decirme de una vez qué es lo que quiere?

—No se haga el gallito ahora, hombre. No conmigo.

La sombra que le había interceptado dio un par de pasos al frente y se situó bajo la única farola que aún daba algo de luz. La visión le dejó perplejo: aquel individuo era mucho más bajito de lo que había supuesto y tenía unos rasgos mayas perfectos. De hecho, parecía salido de cualquiera de los relieves que acababa de ver en el museo: nariz aguileña, pómulos afilados, piel tostada y una trenza de pelo tan negra que se confundía con aquella maldita noche. Una hilera de dientes blanquísimos destelló en su rostro de águila antes de continuar hablando: